



Los Estados bálticos tres años después

Gaëlle le Marc
Investigadora en
el Centre de Recherches et
d'Analyses Géopolitiques,
Paris

La redefinición del entorno regional de los Estados bálticos

En parte provocada por los Estados bálticos mismos, la redefinición de su entorno regional ha tomado aún este año una dimensión suplementaria, a causa no sólo de la actualidad rusa, sino también de la ampliación de la Unión Europea. Situados entre Rusia, Finlandia y Polonia, los países bálticos hacen frontera con tres conjuntos: la CEI (Comunidad de Estados Independientes), la Unión Europea (UE) y Europa Central.

Situación estratégica

Estonia, Letonia y Lituania utilizan su situación geográfica para reorientar su política comercial desde la restauración de su independencia. Se definen como un lugar de tránsito comercial entre el Este y el Oeste. Sin embargo, se encuentran también prisioneros de esta situación, principalmente en materia de seguridad. La debilidad -por el número y por la formación- de sus Fuerzas Armadas les hace vulnerables frente al peso de la vecindad rusa al Este pero, sobre todo, frente a la sobremilitarización del enclave ruso de Kaliningrado al sur de Lituania.

La cuestión militar rusa en la región báltica es, en efecto, fuente de inestabilidad para estos tres Estados. Las tropas ex soviéticas se retiraron de Lituania el 31 de agosto de 1993 y de Estonia (2.500 hombres) y Letonia (12.000 hombres en el momento de la firma del acuerdo con Rusia en abril de 1994) el 31 de agosto de 1994. Pero la cuestión militar rusa queda aún manifiesta, por un lado, por la base nuclear de Paldiski en Estonia y la base radar de Skrunda en Letonia y, por otro, por el tránsito del Ejército ruso en Lituania hacia Kaliningrado. Estas dos bases están en proceso de desmantelamiento. No obstante, los bálticos no están por sí mismos formados para este tipo de operaciones. Así, en Paldiski, los especialistas encargados del desmantelamiento son miembros del Ejército ruso a quienes se ha concedido el estatuto de civiles. En Skrunda, siguen siendo militares en ejercicio. Sin embargo, estos emplazamientos plantean más bien un problema ecológico que militar propiamente dicho. La cuestión militar rusa parece más problemática en la vecindad de Kaliningrado. Este enclave, situado a orillas del mar Báltico, concentra hoy a casi 150.000 militares rusos retirados de Alemania, de Polonia e incluso de los mismos países bálticos. La pertenencia del enclave a Rusia no ha sido contestada oficialmente por ninguno de los tres Gobiernos bálticos. El problema reside en otra cuestión: Rusia reclama un derecho de paso permanente sobre el territorio lituano, que había cruzado libremente durante el período soviético. Pero las negociaciones se estancan frente a una Lituania

reticente y apoyada por el derecho internacional en la materia. Rusia vincula la obtención de este derecho de paso permanente a la concesión a Lituania de la cláusula de nación más favorecida. Para Rusia la región es estratégica. Ciertamente, Kaliningrado no es la única desembocadura de Rusia sobre el Báltico: desde San Petersburgo puede llegar igualmente a las dos costas bálticas. Pero el estado de su flota, las difíciles condiciones climáticas y el carácter más seguro del transporte por tierra aumentan el papel estratégico de Lituania. La desmilitarización del enclave no sólo es reclamada por los bálticos, sino también por los nórdicos, los polacos y los alemanes, quienes verían en él más bien una verdadera zona franca portadora de beneficios y de estabilidad.

Así, siendo vecinos de Rusia, desde San Petersburgo a Kaliningrado, y considerando su entorno militar como peligroso, los Estados bálticos se felicitan por haber obtenido en mayo de 1994 el estatuto de miembros asociados de la UEO (Unión Europea Occidental). Algunos meses antes (febrero de 1994) habían aceptado la Asociación

por la Paz propuesta por la OTAN (Organización del Tratado del

Atlántico Norte), paso que ellos querían poder considerar como una etapa intermedia hacia su entrada en este organismo y al que Rusia se opone. Además, la neutralidad sobre la que Suecia y Finlandia no desean volver por ahora y el riesgo imperialista ruso mantienen la inseguridad de los Estados

bálticos y les hacen tomar conciencia de que, en caso de conflicto con

Rusia, se quedarían solos una vez más.

Por añadidura, la cooperación entre Estonia, Letonia y Lituania, que permitiría minimizar algunas inquietudes, es muy débil. Sin embargo, su identidad geopolítica existe más con respecto a sus vecinos del Este que con los del Oeste. Pero tanto frente a Rusia como frente a Occidente, sus políticas no concuerdan (retirada de las tropas, acercamiento a la OTAN, etc.). Aunque la alianza báltica de 1934, restaurada en 1990, haya sido reforzada en 1993 por el Consejo Báltico de ministros, la carrera hacia la integración occidental, la competencia económica y la indiferencia de las poblaciones bálticas las unas respecto a las otras, tras años solidarios de lucha

por la independencia, se imponen a los acuerdos firmados por las tres repúblicas (acuerdos de libre comercio, acuerdos jurídicos, etc.). No existe por el momento unión báltica.

Avance hacia el norte y hacia el centro en vistas a un acercamiento a la Unión Europea

El objetivo de este avance es encontrar en el Oeste el máximo de garantías de seguridad, de manera que la obligación de reacción de Occidente aumente en caso de conflicto con Rusia. Desde el 1 de enero de 1995, la Unión Europea ha aumentado su presencia en el Báltico, su segundo mar después del Mediterráneo. Además, los Estados bálticos ven en la entrada de Finlandia y de Suecia en la Unión una oportunidad de acercamiento. Tanto más cuanto que, desde la independencia de los bálticos, los países de Europa del Norte han incorporado vínculos económicos y políticos sólidos a los ya existentes vínculos históricos y culturales.

Estonia, Letonia y Lituania juegan también la carta "Europa Central" teniendo en perspectiva precisamente el acercamiento a la Unión Europea. La estrategia báltica consiste en reforzar sus relaciones con los Estados del grupo de Visegrad, para poder acortar el retraso en la carrera hacia la integración. Su asociación, que podría ser negociada durante la presidencia francesa de la Unión Europea (enero-junio de 1995), marcaría una etapa y tendría que situarlos, al respecto, en un pie de igualdad con los cuatro Estados del grupo de Visegrad, quienes se benefician ya de acuerdos de asociación con la Unión Europea.

Entre el norte y el centro, cada uno de los tres países mantiene una posición particular. En efecto, Estonia y Letonia podrían en ciertos aspectos pertenecer al bloque nórdico. Lituania, vecina de Polonia, podría pertenecer en cambio al conjunto geopolítico centroeuropeo.

Las modalidades de la asociación y después de la integración no serán todas fácilmente conseguidas por los Estados bálticos. La economía de mercado será ciertamente la más rápidamente conseguida. Se han emprendido reformas radicales en estos tres países y sus resultados son relativamente convincentes, al menos a medio plazo. Un tratado de libre comercio, como el que existía ya entre los bálticos y cada uno de los países de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA), fue firmado

“Siendo vecinos de Rusia, los Estados bálticos se felicitan por haber obtenido el estatuto de miembros asociados de la UEO”

con la Unión Europea el 18 de julio de 1994. Entró en aplicación el 1 de enero de 1995, pero por el momento no concierne a los productos agrícolas y textiles, que son aún objeto de negociaciones difíciles.

El pacto de estabilidad hecho público por la Conferencia inaugural de mayo de 1994 se propuso el objetivo de evitar los conflictos en las zonas con tensiones, objetivo que se ha convertido en condición requerida para entrar en la Unión. Este pacto teje ciertamente el marco de la cooperación regional. Sin embargo, Rusia sólo participa en calidad de observador en la mesa redonda báltica, en la que finalmente no se tratan ni las cuestiones de las minorías y de las poblaciones alógenas de estos Estados, ni los contenidos fronterizos levantados por Estonia y Letonia en relación al trazado de sus fronteras con Rusia: los estonios y los letones sólo reconocen el trazado definido en los tratados de paz que firmaron con Rusia en 1920, mientras que Rusia niega reconocer la existencia misma de un replanteamiento del trazado que ha prevalecido desde 1945 hasta hoy. A sus ojos, las regiones disputadas (Narva y Pskov) siempre le han pertenecido. A finales de 1994, el primer ministro estonio Andres Tarand declaró que su país estaba preparado para un convenio sobre esta cuestión.

La estabilidad interna: un desafío difícil

Tres años después de la restauración de la independencia de estos tres Estados, su estabilidad sigue estando en juego. Ciertamente los factores externos de esta falta de estabilidad interna pueden ser extensamente evocados. Pero los factores que existen en el interior mismo de estos países deben ser también considerados.

Los factores externos de la estabilidad interna

Estos factores podrían en cierta medida ser relativizados, pero residen sobre todo en la inestabilidad rusa y ésta parece aumentar. Podrían ser relativizados en la tentativa de normalización de las relaciones entre los bálticos y Rusia después de la retirada de las tropas. Además, estos países son un mercado comercial para las empresas rusas. Los rusos tienen también interés en ver a Estonia, Letonia y Lituania estabilizarse.

No obstante, la naturaleza de las relaciones de los rusófonos de Estonia y Letonia con Rusia es un factor determinante en la evaluación a la baja de este riesgo exterior. De manera general,

Rusia ha sido portavoz, criticada pero ampliamente utilizada, de los rusófonos de Estonia y de Letonia. Estos últimos se daban cuenta de que las declaraciones rusas en contra de los Estados bálticos podían perjudicarles al tiempo que les permitían dar a sus propias reivindicaciones un eco internacional. El encuentro en Tallinn de Kóziriev con la comunidad rusófona de Estonia en el mes de mayo, a propósito de la reunión del Consejo de los Estados del mar Báltico, fue un ejemplo de ello: los rusófonos de Estonia comprendieron la falta de coincidencia que existía entre sus reivindicaciones internas y las posiciones geopolíticas que defendía el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia.

Además, el discurso de las autoridades rusas respecto a la cuestión rusófona de los países bálticos ha cambiado. Esgrimieron, en primer lugar, el concepto de violación de los Derechos Humanos en contra de las autoridades estonias y letonas, y en favor de la comunidad rusófona de estos países. Hoy hablan de discriminaciones sociales y económicas.

¿De qué medio de presión dispone Rusia después de la retirada de sus tropas de los países bálticos? ¿Constituyen los jubilados militares un riesgo real para Estonia y sobre todo para Letonia, que les ha concedido a todos un permiso de residencia? Es cierto que algunos rusos de Estonia intentan crear enclaves rusos en Estonia. Piotr Rozhok, que declara ser el representante de Vladímir Zhirinovski, es muy activo en el movimiento radical ruso y forma parte de la Unión de Ciudadanos Rusos de la República de Estonia, creada por Vladimir Mishin. Este último pretende ser el intermediario entre Estonia y Rusia, haciendo uso de sus relaciones con el Gobierno ruso. Aunque la existencia de esta Unión no debe ser ignorada, el número de sus miembros y de aquellos que la apoyan no le proporciona un gran margen de actuación. Sin embargo, sus simpatizantes potenciales son finalmente unos 50.000 residentes que han solicitado y obtenido la ciudadanía rusa, y más concretamente los cerca de 5.000 rusos que han votado al partido de Zhirinovski en las elecciones rusas del 12 de diciembre de 1993 (en total, 9.900 rusos se habían presentado en los colegios electorales instalados en Estonia a este efecto).

Pero el riesgo exterior persiste: las declaraciones de Zhirinovski sobre la gran Rusia son una amenaza a la independencia de estos países. Las de Andréi Kóziriev sobre el “extran-

jero cercano” de Rusia son una amenaza a la calma relativa que prevalece desde hace tres años en estos países. La crisis chechena, principal fuente de inestabilidad rusa a comienzos de 1995, constituye un riesgo para los Estados bálticos. Aunque haya desacreditado el recurso a la fuerza y, más generalmente, la acción de los políticos, esta crisis representa, para los bálticos, el temor de ver al equipo de Borís Yeltsin caer ante un equipo extremista o imperialista y, a la vez, la prueba de que el Gobierno ruso no duda a la hora de buscar una solución militar a un problema político que, por lo que parece, sólo puede ser solucionado por la vía política. Jüri Luik, ministro estonio de Asuntos Exteriores, ha llamado la atención sobre la inconstitucionalidad de la acción del Gobierno ruso.

La evolución interna

No obstante, la estabilidad de estos Estados depende ampliamente de las evoluciones internas que se dibujan en ellos desde la consecución de sus respectivas independencias. Las reformas económicas hacen avanzar a estos países a grandes pasos hacia la economía de mercado. La democracia se instala. En su carrera de aproximación hacia Occidente, estos tres Estados no pueden hacer más que reforzar lo que ya tenían. Pero la debilidad de las economías bálticas reside aún en el lugar demasiado pequeño que se ha dejado a las producciones industrial y agrícola.

El desequilibrio que existe entre el sector terciario y el sector secundario viene de la enorme prioridad que se ha dado a la política comercial en vistas a reorientar los intercambios con el Oeste. Los principales socios comerciales de Estonia son Finlandia (21%), Rusia (16%), Suecia (11%) y Alemania (8%). Sus producciones, que habían caído enormemente tras el hundimiento de la economía soviética, se recupera sólo débilmente. La economía paralela, llamada “economía en la sombra”, es en los países bálticos una plaga.

Estos países -Estonia el primero- corren el riesgo de arrepentirse no sólo de haber apostado demasiado por el comercio y poco por sus propias producciones, sino también de haber ignorado demasiadas veces las consecuencias sociales de las

reformas que habían emprendido. Los jubilados sufren en gran medida estos cambios. Si para los jóvenes de Tallinn las oportunidades de trabajar son grandes, para los de Narva lo son mucho menos. Narva es una ciudad fronteriza con Rusia, en la que las inversiones estonias y extranjeras son muy escasas. Es el principal polo de reivindicaciones económicas, sociales y políticas de la población rusa de Estonia.

La gestión de la situación sociodemográfica de los países bálticos constituye un factor interno de inestabilidad. Lituania puede ser considerada a parte a este respecto. No sólo porque ha optado por la opción cero concediendo la ciudadanía lituana a todos los residentes permanentes en la fecha de la independencia, sino también porque su población es mucho más homogénea que la de Estonia y Letonia. No obstante, en el caso de que la central nuclear de Ignalina sea clausurada, la situación socioeconómica de una parte de la población rusa se convertirá a pesar de todo en fuente de reivindicación y de tensiones.

Por su parte, tres años después de la restauración de sus respectivas independencias, Letonia sólo acaba de adoptar su ley de ciudadanía (julio de 1994). Estonia no se restablece de haber votado en julio de 1993, cuando apenas había digerido su ley de ciudadanía (1992), una ley sobre el estatuto de los extranjeros, severa con respecto a todos aquellos que eran ya residentes en Estonia antes de 1990 pero que no eran o bien ciudadanos estonios antes de 1940 o bien descendientes de ciudadanos estonios, es decir, severa con cerca de 300.000 rusófonos, rusos en la mayor parte. No son las leyes lo que hace falta analizar aquí. El Consejo de Europa y la CSCE (Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa) las han declarado democráticas después de haber introducido algunos cambios. Lo que realmente plantea un problema es el desfase de estas leyes frente al terreno sociodemográfico.

La falta casi total de confianza de la población rusófona hacia el Gobierno, incluso entre aquellos que habían apoyado la independencia a favor de los bálticos, es importante. Las tensiones que en Estonia marcaron la primavera de 1994 se calmaron después de que el Gobierno aceptara aplazar un año la fecha límite de solicitud del permiso de residencia, que será obligatorio para residir en el país para esas 300.000 personas a partir del año que viene. Sin embargo, nuevas tensiones nacieron en el otoño de 1994 a causa de

“La gestión de la situación sociodemográfica de los países bálticos constituye un factor interno de inestabilidad”

las decisiones que conciernen la privatización de los pisos. Las reformas de la educación, que prevén a medio plazo una enseñanza respectivamente en estonio y en letón, tienen un doble filo, y corren el riesgo de frenar la integración previsible, aunque fuera parcial, de esta parte de la población.

Esta falta de confianza se ha reforzado a causa de la mala representación de la población rusófona en estos países. Teniendo en cuenta que constituyen una gran parte de la población en Estonia y en Letonia, la representación política de los rusófonos podría contribuir a la estabilidad de la región. En Lituania están representados porque, habiendo obtenido la ciudadanía, participan en todas las elecciones. En Letonia, hay aún unos 500.000 no ciudadanos que no pueden votar ni en las elecciones nacionales ni en las locales. En Estonia unos 350.000 no ciudadanos pueden votar en las elecciones locales pero no en las legislativas. Las elecciones locales de octubre de 1993 les permitieron organizarse políticamente -a diferencia de los de Letonia- y fueron un trampolín para los movimientos políticos rusos o rusófonos, algunos de los cuales han creado partidos políticos en vistas a las elecciones legislativas de marzo de 1995. En Estonia, la parte de población rusófona que posee la ciudadanía estonia, con una fuerza de 120 a 130.000 personas, se expresará en ocasión de las elecciones, lo que podrá servir tal vez de enlace político con la población rusófona no ciudadana y permitirá en todo caso una mejor representación política así como la integración en el paisaje político estonio de representantes rusófonos leales.

Por primera vez desde la restauración de la independencia de Estonia, dos partidos rusos han sido registrados y se han aliado para las elecciones legislativas. El primero es el Partido Unificado de Víktor Andréyev, que el Partido del Centro (surgido del Frente Popular y en la oposición desde las elecciones de 1992) declara como su aliado natural. Algunos de sus miembros son los amigos ocasionales del partido de coalición *Konderakond* de Tiit Vähi, de centro-derecha. El segundo es el Partido del Pueblo Ruso de Serguéi Kuznetsov. A diferencia importante del segundo, el primero no desea ser calificado de partido étnico y declara ser un partido estonio como los demás. La crisis social y el voto rusófono tendrían que provocar una recomposición de las fuerzas en el poder en Estonia. Sobre todo si Tiit Vähi o Edgar Savisaar llegan (tanto el uno como el otro han sido ya primer ministro) a una mayoría parlamentaria.

A pesar de la relativa estabilidad de la que han dado muestras en comparación con otras antiguas repúblicas de la Unión Soviética, los Estados bálticos buscan aún su camino, tres años después de la restauración de sus independencias, cosa que es muy normal si tenemos en cuenta la importancia del factor ruso en la región. Les cuesta, también, persuadir a Occidente del papel que puede llegar a ser el suyo en la Europa de mañana; sólo los nórdicos están convencidos de él. Desde hoy hasta 1996, fecha de la conferencia intergubernamental de la UE, los Estados bálticos tendrán que hacer frente a la crisis chechena y a su problema rusófono. La Unión Europea sabrá posiblemente mejor qué puede permitirse proponerles.